

Como Angélica, nadie

Lea Fletcher

Feminaria, investigadora¹

Conocer a Angélica Gorodischer era entrar en otros mundos, uno más fascinante que el otro y a veces deliciosamente loquito. No me refero a su literatura sino a ella misma. Una aventura. Una mujer con muchos intereses y mucho amor. Generosa como nadie y tan, pero tan, divertida. Gozaba de la vida, de las personas, de los animales, del mundo vegetal, de todo. Ninguna persona le era desconocida por mucho tiempo, pues era muy dada y hacía que la otra persona se sintiera cómoda. Nunca faltaba el humor. Tenía un sentido de humor genial. Pícaro también. Es raro encontrar una foto de ella sin una sonrisa. Existen, pero son las formales, como para tapas de libros o para alguna entrevista. Era una persona seria sin duda, pero su característica más notable era la de una sonrisa si no una carcajada.

Para dar una singular idea de cómo era ella, les cuento una anécdota acerca de un viaje que hicimos juntas. Nos juntamos en el aeropuerto de Buenos Aires y de ahí a Ámsterdam. Yo viajaba en ropa oscura y con una pequeña valija para evitarme incomodidades. Angélica siempre viajaba vestida enteramente de blanco o de blanco con un color, generalmente uno claro. También viajaba con dos valijas grandes y con una de mano, pero de aquéllas grandes que apenas entraba en el compartimiento del avión.

Las dos estábamos entusiasmadas por todo lo que íbamos a hacer y la gente que veríamos, en particular, con nuestra querida amiga Esther Andradi que vivía en Berlín. Como se sabe, el viaje de Buenos Aires a Ámsterdam es uno de muchas horas que parecen interminables cuando se viaja en la clase turismo. Si a alguien se le ocurre creer que esto incomodaba a Angélica, estaría equivocada, pues era de goma y se acomodaba en cualquier espacio, amén de dormir tranquila con un dulce ronquido. Charlábamos, comíamos y ella dormía, mientras yo le tenía envidia por esa facilidad de acomodarse. Afortunada de ella.

Todo el viaje, Buenos Aires-Ámsterdam-Berlín-París-Ámsterdam fue fascinante y nos divertimos mucho. El evento en cuestión de esta anécdota ocurrió al volver en tren desde París a Ámsterdam. Junto con unos cuantos otros pasajeros que no sabían el idioma *dutch*, nos enteramos al último momento de que habíamos llegado a la estación del aeropuerto donde debíamos bajar para tomar el avión de regreso a Buenos Aires. Angélica bajó y alcancé a darle mi bolso de mano a través de la ventanilla, pues el tren ya se había puesto en marcha. Allí estaba Angélica en el andén con todo lo suyo y lo mío, que contenía mi pasaporte y el boleto de avión. Con una media docena de otros turistas, estábamos atrapados. Por suerte, el tren paraba en un pueblo cercano y pudimos subir a otro de regreso al aeropuerto. Al llegar, la vi a Angélica tan blanca como su ropa. Ella no sabía cómo iba yo a poder regresar a tiempo, sin embargo, ahí estaba, esperándome. No iba a subir al avión

sin mí. Blanca, nunca la vi tan blanca, pero firme como nunca. Las dos fuimos corriendo al terminal donde nos estaban llamando —la última llamada— para embarcar. Una vez arriba, las dos nos reímos por no habernos fijado en el nombre del aeropuerto.

Virginia Woolf afirmaba que una mujer debe tener dinero y una habitación propia si va a escribir ficción. Angélica tenía su habitación propia: un pequeño edificio en el fondo del jardín de su casa. Tenía una senda con muchas flores que la llevaba de su casa a su lugar propio. Entrar en su lugar propio era sentirse rodeada de tiempos pasados, de personajes históricos y futuros todos familiares, de una sensación de familiaridad y comodidad. Claro que tenía su escritorio y estaba repleto de libros, fotos, afiches y otra memorabilia, pero también de objetos que le encantaban. Estar ahí con ella, te hacía no querer irse nunca. Te regalaba de anécdotas, de ideas tanto para libros como de congreso de escritoras, como de vida. Era una mujer tan, pero tan llena de vida.

Todo le interesaba. Encontraba inspiración en las cosas más inesperadas que luego transformaría para incluir en su escritura. Nada le era ajeno. Nadie tampoco. Como observadora de la vida y las personas, tenía un ojo agudo que, acompañado de una fuerte sensibilidad y una imaginación extraordinaria, se combinaban en su escritura y también en su trato con la gente. Como poca gente, Angélica gozaba de una inmensa capacidad de talento y de amor. Una amiga sincera y siempre dispuesta para ayudar, una maestra para estimular, una organizadora de congresos internacionales de escritoras que realizaba en Rosario: Angélica siempre daba todo a todo.

Nota

¹ Panamá. Investigadora literaria de la escritura de mujeres, particularmente la narrativa de escritoras argentinas. Fundadora y directora de la revista *Feminaria* y de *Feminaria Editora*. Organizó encuentros nacionales e internacionales sobre la escritura de mujeres argentinas y latinoamericanas. Autora de seis libros y numerosos artículos. Residió en Buenos Aires desde 1981 hasta 2009.